



01/

Mensaje

del Santo Padre
Francisco para
la *XXII* Jornada
Mundial del Enfermo
(11 febrero 2014)

Fe y Caridad

“...también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos”.
(I Jn 3, 16)

Queridos hermanos y hermanas,

1. Con ocasión de la XXII Jornada Mundial del Enfermo, que este año tiene como tema Fe y caridad:

“También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos” (1 Jn 3,16),

me dirijo de un modo especial a las personas enfermas y a todos aquellos que les prestan asistencia y cuidado. La Iglesia reconoce en vosotros, queridos enfermos, una especial presencia de Cristo doliente.

Es así: al lado, más aún, dentro de nuestro sufrimiento está el de Jesús, que lleva junto a nosotros su peso y revela su sentido. Cuando el Hijo de Dios subió a la cruz, destruyó la soledad del sufrimiento e iluminó su oscuridad.

Nos sitúa de tal modo ante el misterio del amor de Dios por nosotros, que nos infunde espe-

ranza y valor: esperanza, porque en el diseño de amor de Dios incluso la noche del dolor se abre a la luz pascual; y coraje, para afrontar toda adversidad en compañía suya, unidos a Él.

2. El Hijo de Dios hecho hombre no erradicó de la experiencia humana la enfermedad ni el sufrimiento, antes bien, asumiéndolos en sí mismo, los transformó y redimensionó.

Redimensionados, porque ya no tienen la última palabra, que en cambio es la vida nueva en plenitud; transformados, porque en unión con Cristo pueden trocarse de negativos en positivos. Jesús es el camino, y con su Espíritu podemos seguirlo.

Así como el Padre donó a su Hijo por amor, y el Hijo se donó a sí mismo por el mismo amor, así también nosotros podemos amar a los demás como Dios nos amó a nosotros, dando la vida por los hermanos.

La fe en el Dios bueno se convierte en bondad, la fe en el Cristo Crucificado se convierte en fuerza para amar hasta el fin e incluso a los enemigos. La prueba de la auténtica fe en Cristo es la entrega de sí mismo, que se difunde mediante el amor al prójimo, especialmente al que no lo merece, al que sufre, al que está marginado.

3. En virtud del Bautismo y de la Confirmación estamos llamados a asemejarnos a Cristo, Buen Samaritano de todos los que sufren.

“En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros; por tanto también nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos” (1 Jn 3,16).

Cuando nos acercamos con ternura a quienes están necesitados de cuidados, llevamos la esperanza y la sonrisa de Dios en las contradicciones del mundo. Cuando la dedicación generosa hacia los demás se convierte en el estilo de nuestras

acciones, estamos haciendo sitio al Corazón de Cristo y de él recibimos el calor, ofreciendo de esta manera nuestra aportación al advenimiento del Reino de Dios.

4. Para crecer en la ternura, en la caridad respetuosa y delicada, tenemos un modelo cristiano al que dirigir con seguridad la mirada. Es la Madre de Jesús y Madre nuestra, atenta a la voz de Dios y a las necesidades y dificultades de sus hijos.

María, movida por la divina misericordia, que en ella se hace carne, se olvida de sí misma, y a toda prisa se dirige de Galilea a Judea para visitar y ayudar a su prima Isabel; intercede ante su Hijo en las bodas de Caná, cuando advierte que va a faltar el vino de la fiesta; guarda en su corazón, a lo largo del peregrinar de la vida, las palabras del anciano Simeón que le anuncian con antelación que una espada atravesará su alma, y con fortaleza de ánimo permanece a los pies de la Cruz de Jesús.

Ella sabe cómo se recorre este camino y por eso es la Madre de todos los enfermos y de los que sufren. Podemos recurrir confiadamente a ella con filial devoción, seguros de que nos asistirá, nos protegerá y no nos abandonará.

Es la Madre del Crucificado Resucitado: permanece junto a nuestras cruces y nos acompaña en el camino hacia la resurrección y la vida plena.

5. San Juan, el discípulo que estaba con María a los pies de la Cruz, nos hace remontarnos a las fuentes de la fe y de la caridad, al corazón de Dios que “es amor” (1 Jn 4,8-16), y nos recuerda que no podemos amar a Dios si no amamos a los hermanos. Quien está bajo la Cruz con María, aprende a amar como Jesús. La Cruz

“es la certeza del amor indefectible de Dios por nosotros. Un amor tan grande que entra en nuestro pecado y lo perdona, entra en nuestro sufrimiento y nos da la

fuerza para sobrellevarlo, entra también en la muerte para vencerla y salvarnos...

La Cruz de Cristo invita también a dejarnos contagiar por este amor, nos enseña así a mirar siempre al otro con misericordia y amor, sobre todo a quien sufre, a quien tiene necesidad de ayuda” (Via Crucis con los jóvenes, Río de Janeiro, 26 de julio de 2013).

Encomiendo esta XXII Jornada Mundial del Enfermo a la intercesión de María, para que ayude a las personas enfermas a vivir el sufrimiento propio en comunión con Jesucristo, y proteja a cuantos cuidan de ellas. A todos, enfermos, agentes sanitarios y voluntarios, impartido de corazón la Bendición Apostólica.

En el Vaticano, a 6 de diciembre de 2013

FRANCISCO